

*Para Carmen, por todas las veces que
me has mandado foto con mis libros.
Este es para ti.*



CAPÍTULO 1 LU&LU

Ahí estábamos Luis y yo, plantados enfrente de casa de tía Ágata. Corría una brisa otoñal bastante fresquita y llevábamos las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta para que no se nos congelaran.

Seguro que recuerdas a Luis. Es mi mejor amigo, un estupendo vecino y un inmejorable compañero de clase, de los que hacen buena letra y te dejan los apuntes.

—¿Seguro que a tu tía abuela no le importa que vengamos tanto? —me preguntó.



En aquel momento, frente a la casa destartalada de tía Ágata, los hierbajos del jardín y los tablones en los ventanucos del sótano, pensé en las aventuras que aquella casa nos había brindado. Luis y yo éramos dos héroes anónimos que habían derrotado a una horda de gatos vampiros y apresado a su despiadado líder. Bueno, lo de héroes igual suena un poco exagerado. No fue una horda y, vale, a lo mejor tía Ágata nos ayudó un poco..., pero lo de anónimos sí era enteramente cierto.

—Claro que no —contesté—. Mi tía está encantada. Y aquí hemos montado nuestra agencia de detectives.

Luis fue a decir algo, pero como lo conozco muchísimo, eché a caminar para que no hablara. Luis es de los que opina que dos niños de once años no pueden montar una agencia de detectives secretos en casa de una anciana cegata que no tiene ni idea de que le hemos montado una agencia de detectives.

Llamé al timbre y esperamos. Qué frío. No tardamos en escuchar sus pasitos y el concierto de maullidos de gatos que los acompañaban. Cuando

la tía Ágata abrió la puerta se nos quedó mirando muy seria.

—¿Sois los del internet? —nos preguntó. Siete gatos asomaron sus cabecitas para inspeccionarnos.

La tía llevaba sus gafas gruesas y los ojitos tras ellas eran tan diminutos que apenas se distinguían. Supe que no se había puesto las gotas de los ojos y que no veía un pepino en cuanto leí lo que decía la camiseta que llevaba puesta: «¿Buscas una razón para sonreír? Tengo dos: ¡mis cachetes!»

—Tía, soy Lucía. Y este es Luis. Venimos a hacer los deberes.

Mi tía alzó las cejas y dio un saltito de alegría.

—¡Primero tenéis que merendar! —exclamó, mientras nos plantaba a cada uno dos besos en la mejilla—. ¡Qué suerte! Tengo mucho flan. Resulta que me debo de haber equivocado con las medidas y me ha salido uno gigantesco. ¡De ocho kilos! Pero está rico. Esponjoso y en su punto.

Luis me miró con cara angustiada. Desde que mi tía abuela le hizo comer jabón pensando que era dulce de leche y estuvo ocho días soltando burbujas por la boca, no se fiaba de nada que ella





hubiera cocinado. Mi amigo no cree en las segundas oportunidades.

—Tía Ágata, ¿te pones las gotas de los ojos? —pregunté, suspicaz.

Y mi tía soltó una risita traviesa antes de contestar:

—No las necesito. ¡Si yo veo perfectamente!

La seguimos hasta la cocina mientras diez gatos se nos restregaban por las piernas. Efectivamente, un flan descomunalmente gigantesco ocupaba toda la mesa. Tragué saliva porque se escuchaban maullidos desde dentro.

Después de tomar un poco, Luis y yo subimos hasta mi habitación. Por el camino nos encontramos una dentadura postiza, dos berenjenas, unas botas de agua y un patinete eléctrico que colocamos en su lugar.

Nos plantamos ante la puerta cerrada de la que colgaba el cartel: «Detectives Lu&Lu, resolvemos tu caso antes que tú» —Lu de Luis y Lu de Lucía—, tomé aire y la abrí orgullosa. Aquel era nuestro santuario secreto, nuestro jardín prohibido, nuestro...

—¡Fuera, gatos! —chillé, al ver que había cinco dentro. ¡Siempre igual!

Luis se apresuró a espantarlos y cerramos la puerta para que no se colaran más. Como decía, aquel era mi lugar preferido del mundo: nuestro escritorio, la pared a rebosar de papeles clavados con recortes de periódicos, fotos de la urna del museo que contenía la cabeza de Dimitrius el Grande, dibujos de mis hermanos gemelos Julio y Jacinto atados y en pijama, planos del museo..., contemplarlo era como revivir aquella fascinante aventura. Tenía incluso un diario en el que contaba con pelos y señales cómo acabamos con la amenaza mundial de los gatos vampiro.

—¿Qué hacemos aquí, Lucía? —suspiró Luis—. Deberíamos estar en mi casa haciendo el trabajo en parejas sobre los ciclos del agua. Hay que entregarlo en dos días y no me has ayudado en nada.

¡Otra vez con el dichoso trabajito del ciclo del agua!

—Luis, yo no puedo perder el tiempo con el ciclo del agua. ¡Necesito acción! ¡Necesito un caso que investigar! ¡Salvar el mundo otra vez! ¡Sentirme útil!



—¡Nena! —chilló la tía desde el piso de abajo—.
¿Queréis más flan?

—¡No, tía! —contestamos los dos a la vez.

Luis se sentó en la cama.

—Pero, Lucía, no hay más amenazas mundiales. Hemos vuelto al museo mil veces, investigado en las obras del nuevo centro comercial..., todo es normal ¡Estoy harto de recorrerme las alcantarillas de la ciudad buscando casos que no existen!

—No pienso rendirme, Luis. Salvaré al mundo de nuevo, ¡aunque para ello tenga que amenazarlo yo misma!

—O sea, que el trabajo del ciclo del agua lo termino solo, ¿no?

Entrecerré los ojos para echar a mi amigo una mirada asesina. ¡Qué pesado estaba con el dichoso trabajito del ciclo del agua!



¿Que si me gusta que Lucía venga a jugar a casa con su amiguito Luis después del cole? Pues me encanta. Son dos niños riquísimos. Muy buenos. Llegan, meriendan, me ayudan con los trastos de la cocina y enseguida se suben a hacer sus deberes. Ahora mismo los escuchaba hablar acerca de no sé qué del ciclo del agua. Qué monos. ¡Y qué estudiosos!

A Lucía le encanta su habitación, y a mí me gusta mucho su compañía, así que no puse ningún reparo cuando me preguntó si podía decorarla. ¡Claro!

Le han dado un toque muy moderno. Han colgado posters de las paredes de sus artistas favoritos.

La juventud es así.

Y bueno, ahora que preguntas, yo estoy muy bien. El de la óptica me mandó unas gotas que me van de maravilla, pero es que soy un caso y se me olvidan aquí y allá. El otro día me las dejé en la panadería y no las recuperé hasta tres días después. ¿Qué me había estado yo echando hasta entonces? ¡Pues caramelo líquido para las tartas! Normal que me escociera el ojo.

Así que hay veces que me las pongo, y veces que no. Así también me duran más, que no entran en la seguridad social y no son baratas.

Otra vez están Lucía y Luis hablando del ciclo del agua. Voy a subir a ver si quieren más flan.



CAPÍTULO 2 EL ANCIANO MISTERIOSO

Luis y yo nos despedimos de tía Ágata, que nos dio un táper a cada uno con más flan, y caminamos hacia casa. Mi amigo estaba muy pesado y no hacía más que quejarse de lo complicado que era hacer él solo el trabajo sobre el ciclo del agua. Tuvimos que parar dos veces para comprar cartulinas y pegatinas azules, y se enfadó cuando no quise pagarlas con los fondos de la agencia de detectives.

Como fundadores, jefes y accionistas de la agencia de detectives Lu&Lu, Luis y yo ponemos tres euros al mes para imprevistos de la agencia, y una cartulina no es un imprevisto. Un imprevisto es..., no sé, tener que hacerte la cirugía

estética para escapar de los villanos o comprar un billete de avión para China. Una cartulina, desde luego, no.

Antes de volver a casa, pasamos por el museo. Siempre pasábamos por el museo, aunque no nos viniera de paso. Llámalo nostalgia, llámalo afán cultural.

Habíamos dejado un anuncio en el tablón con el nombre de la agencia junto a más anuncios de animadores de cumpleaños y alquileres de autocaravanas.

—¿Es que nadie necesita un detective? —pregunté a Luis.

Subimos a la tercera planta del museo. ¡Qué recuerdos! Allí descansaba la urna con la cabeza de gato que encerraba el espíritu de Dimitrius el Grande, jefe de los vampiros. Éramos los únicos que sabíamos que la maldición era real; los únicos que habíamos visto al vampiro hecho y derecho, con su cara mortecina y sus colmillos afilados, y habíamos vivido para contarlo. Luis se ponía blanco como la pared cada vez que contemplaba la urna. A mí me parecía emocionante.





—Vámonos —pidió mi amigo, con un hilito de voz—. A mí me da muy mal rollo. Ni siquiera sé por qué seguimos viniendo.

Lancé un suspiro y miré a mi alrededor. El museo estaba vacío y no tardarían en hacer sonar los avisos para desalojarlo. Tal vez Luis tuviera razón. Tal vez la vida de misterios y emociones había terminado para mí. Tal vez nunca más descubriera nada. Tal vez..., hasta que vi aparecer a aquel extraño anciano. Era pequeño y caminaba encorvado, tan arrugado que parecía una pasa. Vestía sombrero de copa, un bastón, y una capa. No podía separar mis ojos de él. ¿Quién lleva una chistera en pleno siglo XXI si no espera sacar un conejo de ella? Aquel hombre era digno de investigar.

Se dirigía al guía larguirucho con el pelo revuelto, Marcos Casimiro.

—¡Eres un inútil! —le chilló, haciendo que el muchacho diera un salto en el sitio y la excursión de japoneses que le seguía se hincharan a sacarle fotos.

—Tío —susurró el guía—, ¿qué hace aquí?

Así que eran tío y sobrino..., ¿o tal vez sobrino y tío? Luis, las cartulinas y yo nos acercamos un poco más para investigar.

—No me gusta que trabajes para el museo. Un verdadero Walter-Smith no trabaja en un museo. ¡Eres una vergüenza para nuestro apellido!

¿Un Walter-Smith? ¿Qué era un Walter-Smith? Sonaba a marca de relojes.

—Tío, no montes un espectáculo. Justo he firmado mi contrato fijo después de años dando tumbos. Me han nombrado guía oficial de la tercera planta y el director del museo ha dicho que...

—Tú preocupándote de lo que piense el director del museo, sí señor. ¿Por qué tienes que conformarte con este trabajo ruinoso? ¡Los Walter-Smith nos hemos dedicado a la arqueología, a la aventura, al aire libre, no a pasear por museos!

—Por favor, tío. Siempre estás igual. Este trabajo me gusta. Y ahora tengo que...

Entonces aquel ancianito pronunció las palabras más mágicas que había escuchado jamás, ¡música celestial!



—¡Intentan asesinarme, sobrino! —Y lo agarró por el cuello de la camisa para ponerlo a su altura—. Eso es lo que he venido a decirte.

Se hizo el silencio mientras los *flashes* de las cámaras de los turistas los alumbraban con fogonazos de luz.

¡Por fin el misterio que esperaba!

—¿Qué pasa aquí?

El ancianito, Marcos Casimiro, los japoneses, Luis y yo nos volvimos hacia la voz misteriosa. Se trataba del director del museo, un tipo muy serio con poco pelo en la cabeza pero mucho en el bigote, que vestía una americana y pantalones de cuadros grises.

—Disculpe, señor director —se lamentó Marcos Casimiro—. Mi tío ha venido a verme y...

—¡No te disculpes ante esta sabandija! —chilló el anciano—. ¡Eres un Walter-Smith!

El director hinchó pecho y esbozó una sonrisa nerviosa.

—Mr. Walter-Smith, qué placer tenerlo en nuestro museo. Es un honor. Si quisiera, podría

aprovechar para mostrarle nuestra colección de tenedores del siglo v que...

—¡No quiero ver tenedores! —rugió el anciano.

El viejecito se dio la vuelta, se echó la capa por encima como si fuera una gran bufanda y se fue caminando con su bastón. Me mordí el labio. No tenía un minuto que perder, así que salí de mi escondite y caminé a toda prisa hacia él. Iba tan concentrado en su cabreo que no me vio llegar y tropezamos.

—¡Niña del demonio! ¡Mira por dónde caminas!

Luis corrió hasta donde estaba y meneó la cabeza a los lados.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? ¡Por poco lo tiras!

Pero a mí me daba lo mismo lo que pudiera decirme. El corazón me latía a mil por hora. Le había colado a aquel ancianito una tarjeta de nuestra agencia de detectives en el bolsillo. Rezaba en letras negras de imprenta:

«Detectives Lu&Lu, resolvemos tu caso antes que tú.

Agencia de Detectives privados y secretos.





Llamar solo de 6 a 8 de la tarde, de lunes a domingo

Telf. 6986 346 754».

DETECTIVES LU&LU,
RESOLVEMOS TU CASO ANTES QUE TÚ.
AGENCIA DE DETECTIVES PRIVADOS Y SECRETOS.
LLAMAR SOLO DE 6 A 8 DE LA TARDE,
DE LUNES A DOMINGO
TEL. 6986 346 754



¿QUÉ DICE EL DIRECTOR
DEL MUSEO?

Era el teléfono de Luis, así que, a partir de ahora, teníamos que estar bien atentos.

Cuando vi al mismísimo Sebastián Walter-Smith en la tercera planta de mi museo, supe que tenía que abordarlo.

¡Sebastián Walter-Smith!

Es un anciano millonario muy excéntrico, descendiente de una saga de exploradores. ¡Su familia ha estado en las excavaciones arqueológicas más importantes de la historia! Se dice que ha tocado la momia de Tutankamón con sus propias manos, y que se sirvió gaseosa en el santo grial. Diría que todas las películas de exploradores están basadas en sus aventuras.

Es el tío de mi estimado guía Marcos Casimiro, un chico muy despierto, sí señor. Le tengo mucho aprecio y he hecho muy bien contratándole. Ojalá pueda convencer a su tío para que nos done alguna de las reliquias que guarda en el sótano de su mansión. Convertiría nuestro museo en el más famoso del país. ¡Del continente! Y a mí en el director más reputado del universo.



CAPÍTULO 3

NO SON CHORRADAS

Cuando llegué a casa, sentía cosquillitas en el estómago. No dejaba de pensar en el extraño anciano, con su bastón y su capa. Tenía un aire arcaico y aristocrático, el típico de las películas de misterio antiguas. ¡Cliente a la vista! Lo más seguro es que nadie quisiera hacerle daño. ¿Quién va a querer meterse con un señor tan cascarrabias? Igual era otro con manía persecutoria como mi padre, que piensa que los políticos intentan asesinarlo con tantos impuestos, que las regulaciones de su trabajo lo están estrangulando y que mis hermanos y yo queremos matarlo a disgustos.





¿Qué haría el viejo Walter-Smith al encontrar nuestra tarjeta en el bolsillo de su chaqueta? Me senté en el salón y lo imaginé acercándosela a la cara para verla bien y dándole la vuelta. A lo mejor hasta la olía. Seguro que miraba al techo preguntándose de dónde había salido. Se acercaría al teléfono, leería el número de Luis, estiraría el dedito, pulsaría la primera tecla y...

—¿Qué le pasa a esta?

Dejé de soñar despierta y me topé con la cara de mis hermanos, que no es demasiado agradable y encima está repetida. Los gemelos Julio y Jacinto se estaban riendo de mí con su ji, ji, joo, ji, ji, joo característico.

—Le pasa que está en las nubes, como siempre —se burló Julio.

Entrecerré los ojos y apreté los labios. Parece mentira que estos dos sean los mismos dos a los que salvé la vida y liberé del terrible Dimitrius el Grande. Qué poco les duró el agradecimiento. Dos días después de haber arriesgado mi vida para salvar la suya, ya no me dejaban el mando de la tele. ¿Hay derecho?

¡¿Hay derecho?!

—Seguro que está pensando en su agencia de detectives «Detectives Lu&Lu no sabe ni la U».

Se echaron a reír de nuevo con su ji, ji, joo, ji, ji, joo.

—No os metáis conmigo porque se vienen cosas y a la próxima ni me planteo salvaros.

—Lucía —dijo Jacinto—, vale que te salió una conquista del mundo bien, pero no todos los días van a producirse amenazas en esta ciudad, con la cantidad de países que hay en el mundo. Tienes que olvidarte de esas chorradas.

En ese preciso instante llamaron a la puerta y mis hermanos se fueron a abrir entre risas. Los escuché volver a reírse.

—Tu amigo el pringado —llamó Jacinto—. Ji, ji, joo.

Me puse en pie. ¿Luis? Caminé hacia la entrada. Mi amigo estaba cubierto de corcho blanco y pegamento.

—El trabajo del ciclo del agua es complicadísimo —se quejó—. Ni a mamá ni a mí nos sale hacer la nieve, Lucía. Nos tendrías que ayudar.





Después me tendió su teléfono y yo lo miré con cara de signo de interrogación.

—Ha llamado el ancianito del museo. Ha dejado un mensaje.

Se me abrieron los ojos como escotillas de portaviones, y agarré el teléfono, lista para escucharlo. Con las prisas, ni siquiera me fije en que mis hermanos estaban ahí delante enterándose de todo. Los cuatro acercamos la cabeza para no perder detalle.

—Hola, agencia de detectives Lu&Lu, aquí Sebastián Walter-Smith, de los Walter-Smith de toda la vida. Necesito su ayuda en un tema muy urgente, por lo que rogaría acudieran a mi casa con la mayor diligencia posible.

Era la misma voz que la del señor del museo. ¡El señor Walter-Smith! Creí que me iba a desmayar de la emoción, pero tragué saliva y seguí escuchando:

—Vivo en Castellana 57.

Después se terminó el mensaje y apareció una voz robotizada para ver qué queríamos hacer, si escucharlo de nuevo, borrarlo o guardarlo. Me daba

lo mismo, porque yo lo sentía bien guardado en mi pecho, latiendo con mi corazón:

«Necesito su ayuda en un tema muy urgente».

«...acudieran a mi casa con la mayor diligencia posible».

No íbamos a ir en diligencia porque eso de los carros a caballo no se llevaba, pero iríamos andando.

—Madre mía, la que se va a liar —se burló Julio—. En cuanto os vea, se os acaba la agencia y encima los papás os van a castigar por ir a casas de desconocidos. Yo ni me lo plantearía.

Y con las mismas, los gemelos desaparecieron dirección a la cocina y Luis y yo nos quedamos mirando.

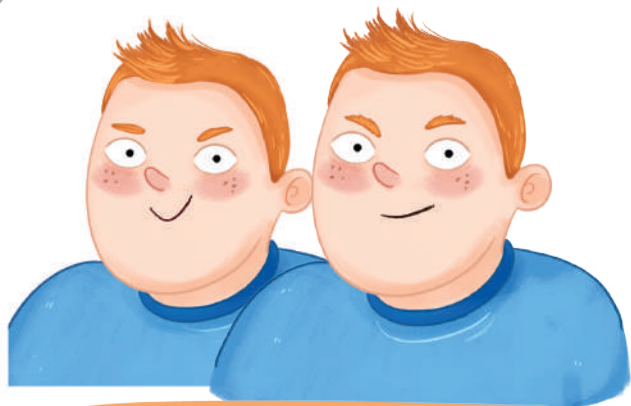
—Mañana después del cole —sentenció.

Luis suspiró.

—Solo si nos ayudas con el trabajo del ciclo del agua. Me duelen las manos de recortar gotitas.

¡Desde luego! Agarré la cartulina, me metí en casa y comencé a recortar. ¡Lo que había que hacer para que a una la acompañaran a salvar el mundo!





CHARLA CON LOS GEMELOS

No estábamos ni una pizquita preocupados por el mensaje de teléfono. De acuerdo con la voz del hombre debía de tener por lo menos doscientos años, y la gente de doscientos años y voz tan seria lo que menos quiere es que les tomen el pelo. Si encima eres un ricachón con dos apellidos ingleses que vive en una de las mansiones de Castellana, menos.

En cuanto Luis y nuestra hermana asomaran las narices por su propiedad, el señor se lo iba a dejar clarito. Igual es de los que hace el viaje para

traer a Lucía a casa y hablar con nuestros padres. No sería la primera vez.

El del camión de las bebidas que reparte cada lunes en el bar de la esquina ya subió con Lucía para quejarse de que le había roto la antena porque pensaba que apuntaba a las nubes y cambiaba el clima.

O el churrero, que también se quejó porque Lucía decía que era un espía de la Interpol.

Si nos preguntas, lo que menos necesitaba mi hermana era descubrir a una raza de vampiros gato que querían conquistarnos a todos. Se le subió a la cabeza y estuvo unos días que no había quien la soplara. Menos mal que recuperamos el control.

Ji, ji, joo. Ji, ji, joo.



CAPÍTULO 4
CASTELLANA 57

—Castellana 35..., Castellana 37..., Castellana 39

Luis leía los números de las casas de la calle Castellana, que eran verdaderas mansiones con verjas altas de las que emergían jardines frondosos y bien cuidados. Tía Ágata, que caminaba a mi lado, lo admiraba todo con curiosidad.

—Mira tú qué calle tan bonita. —Alzó la cabeza hacia una columna enorme sobre la que había la estatua de un angelito y se detuvo en seco—. ¡Niño, bájate que te vas a matar!

Nos costó unos minutos convencerla de que era una estatua de piedra. Solo después de contarle

un par de chistes y comprobar que no se reía con ninguno, accedió a seguir caminando.

—Castellana 47..., Castellana 49...

Necesitábamos llevar a tía Ágata con nosotros. Era una adulta y nuestra coartada. Nadie tomaría en serio a dos detectives privados de once años, pero la tía abuela demostraba solera y experiencia. Podía pasar por una investigadora curtida por centenares de enigmas. Lo malo es que llevaba una camiseta en la que se leía: «Vivan las malas influencias» que intenté cubrir dejándole mi bufanda.

Le habíamos pedido que nos acompañara a visitar a un ancianito amigo de la familia de Luis que estaba enfermo, de esos que se olvidan de cosas y se imaginan otras.

—Vamos, que está ido de la chaveta —sentenció la tía en cuanto se lo explicamos—. Otro que cae. Pobre, claro que os acompaño.

Le dijimos que tenía que seguirle la corriente en todo para que no se pusiera nervioso y nos respondió que estaba acostumbrada a tratar con las de la parroquia.



Lo más difícil de explicar sería la bandeja de flan que se había empeñado en llevarle.

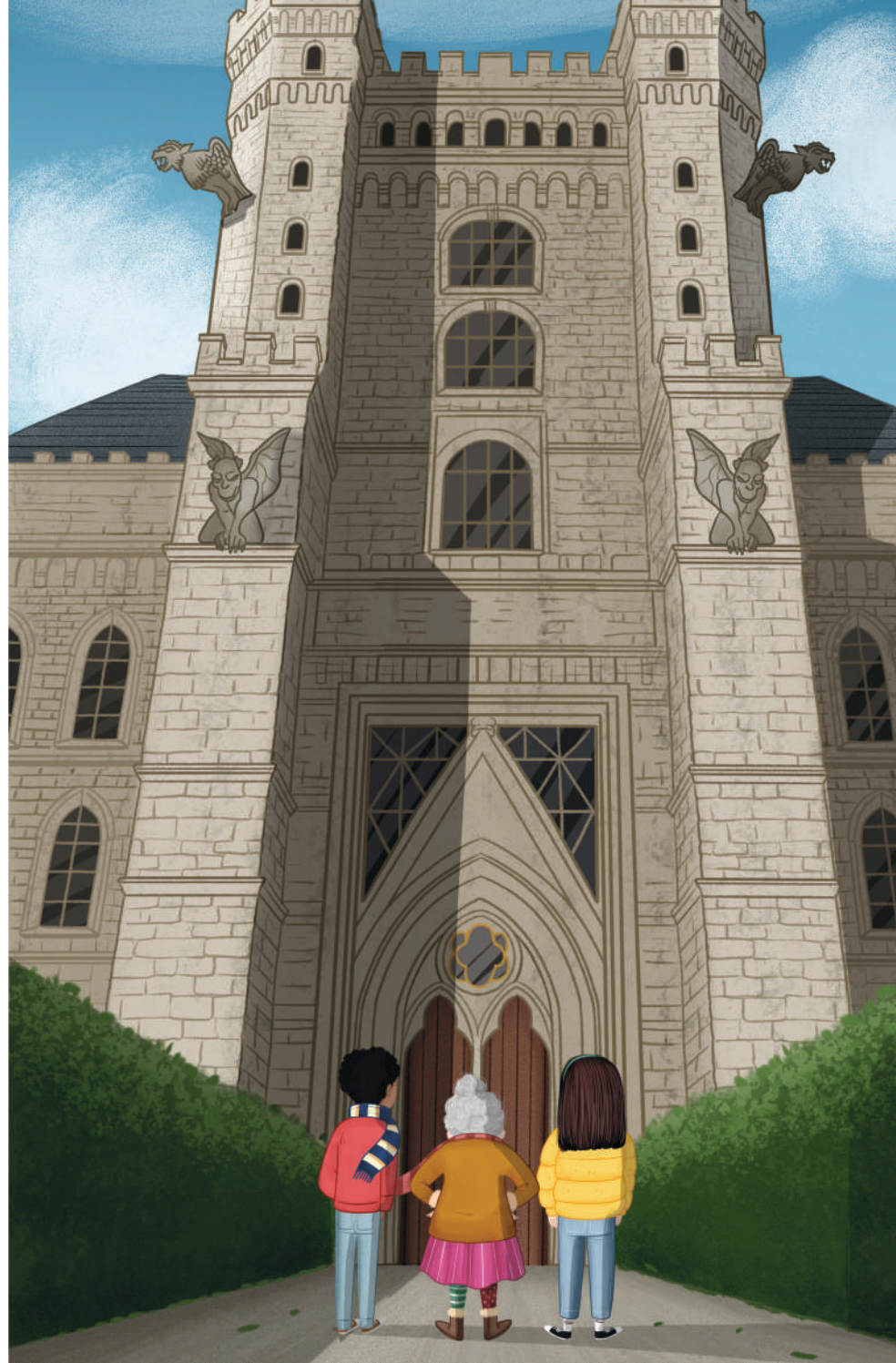
—Y Castellana... 57.

Luis se volvió a mirarme. Estábamos ante una mansión de piedra antiquísima y enorme. La más grande de la calle. Parecía un castillo, con sus almenas, torreones y ventanas enrejadas. Con sus gárgolas con caras amenazantes y fauces abiertas. Con la puerta enorme que terminaba en punta.

Tomé aire y atravesamos el caminito de acceso, que tenía arbustos altos a cada lado, y llegamos hasta esa puerta tallada de mosaicos. Luis había empalidecido al verla. Si esa tarde hubiera sido lluviosa y caído algún trueno, ya te digo yo que habría salido corriendo sin mirar atrás.

—Pues aquí es —dijo la tía. Y pulsó el timbre sin darnos tiempo a prepararnos ni a ensayar lo que decir.

El timbre retumbó en nuestros oídos y respiré hondo. Estaba ante lo que siempre había esperado. Si quería un buen misterio, allí olía a uno.





La puerta se abrió crujiendo por todos lados y Luis dio un paso atrás. Desde dentro escapaba una luz amarilla tenue que se fue ensanchando conforme la grieta se hacía más grande. Cuando quedó abierta del todo, la silueta menuda de Sebastián Walter-Smith se recortó, oscura, en el centro. Tía Ágata adelantó las manos con la bandeja.

—Le he traído flan para que se mejore —dijo, muy sonriente.

Luis se había quedado más quieto que el querubín de la columna de antes. Sebastián nos estudiaba con atención. Pasó los ojos de Luis a mi tía y de mi tía a mí. Y después a mi tía, al flan y a mí otra vez.

—Se han equivocado —sentenció, mientras nos cerraba la puerta en las narices.

—¡Somos los detectives! —repliqué.

La puerta se detuvo cuando solo quedaba una rendija de luz.

—¿Es usted Lulú? —preguntó a mi tía, frunciendo el ceño. Y abrió la puerta de nuevo.

Mi tía fue a decir que no, pero yo le susurré al oído.

—Síguele la corriente, tía.

Y ella tomó aire y asintió.

—La misma. Soy... ¿Lulú? —Y se encogió de hombros.

—¿Y los niños? —preguntó Sebastián.

—Somos sus becarios —contesté—. Aprendices de detectives.

Sebastián nos miró durante unos segundos que se nos hicieron interminables y finalmente hinchó pecho y se mordió los labios.

—Pasen —concluyó.

Mi tía esbozó una sonrisa y le puso el flan entre las manos.





CAPÍTULO 5
**LA MANSIÓN DE
SEBASTIÁN WALTER-SMITH**

Menuda casa tenía aquel hombre. Era una mansión enorme. Pero una mansión un poco oscura y siniestra. Al entrar, te topabas con un vestíbulo ancho en el que había percheros, jarrones antiguos y hasta una armadura medieval.

A la derecha se abría un comedor aún más grande que el restaurante al que suelo ir a comer paella con mis padres en vacaciones, y a la izquierda una cocina gigantesca y algo pasada de moda. Al fondo se veían unas escaleras señoriales que ascendían trazando curvas hasta el piso

superior. Bajo ellas, había otra puerta que permanecía cerrada.

Nos topamos con lámparas de araña, candelabros de plata y un mapache disecado, que mi tía Ágata acarició y dio un beso en el hocico.

El señor Sebastián, flan en mano, nos condujo al comedor que se abría a la derecha y siguió caminando hacia un despacho. Estaba revestido de estanterías que llegaban hasta el techo, repletas de libros. Depositó el flan sobre el escritorio y se apresuró a cerrar la puerta como si temiera que alguien hubiera podido seguirnos. Después se nos quedó mirando de nuevo. Le causábamos mucha curiosidad, y entendí que tenía que estar muy desesperado para habernos dejado entrar.

—Estoy muy desesperado —dijo—. Por eso les he dejado entrar—. ¡Lo sabía! Después siguió hablando—. Son mi última esperanza. He acudido a la policía, a los bomberos y a unos cuantos investigadores privados más. Después de ustedes, solo me queda la protectora de animales.

Tomó aire. Mi tía se volvió hacia una la armadura que había en un rincón y susurró: